

En cuanto a estudios sobre lenguas indígenas prehispánicas, aparecen citados en el libro que presentamos, entre otros: *Orígenes del lenguaje cubano* de Ramos Duarte (1892), el *Diccionario yucayo*, del mismo autor, y *El lenguaje de los indios de Cuba*, de Julián Vivanco (1946).

Los afronegrismos cuentan con una bibliografía relativamente amplia, en la que destaca el nombre de Fernando Ortiz, con su obra *Glosario de afronegrismos*.

En materia de morfosintaxis, la carencia de estudios en el caso del español de Cuba, es casi absoluta. Sólo se cuenta con algunos trabajos de Alfredo F. Padrón, de E. Rodríguez Herrera y de Juan Fonseca, a los que, según el autor, puede atribuírseles algún valor, aunque presentan graves fallas de método, de criterio y de propósito.

Finalmente, en lo concerniente a estudios fonéticos y fonológicos, destaca el trabajo de la profesora rumana Cristina Isbăşescu *El español de Cuba: observaciones fonéticas y fonológicas*, como el mejor que se ha escrito sobre este aspecto del español de la isla.

En conclusión, como lo anota el autor, "la investigación sobre el español de Cuba está en pañales, como se ve" (pág. 163). Ya en la introducción se dice que el español de Cuba es en muchos aspectos *terra incognita*. Únicamente los estudios léxicos cuentan con algunos trabajos de consideración, sobre todo desde el punto de vista informativo. No ocurre así con la morfosintaxis, la fonética y la fonología. Todo está por hacer. No obstante, el panorama ofrece actualmente posibilidades de estudio muy positivas, entre las que figura en lugar primordial el proyecto de estudio de la norma culta de La Habana.

El libro del profesor López Morales constituye un aporte al estudio y conocimiento del español hispanoamericano y representa indudablemente un esfuerzo de sistematización y formalización de la labor dialectológica.

KATIA SALAMANCA DE ABREU.

Instituto Caro y Cuervo.

VENEZUELA, PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, *España honra a don Andrés Bello*, Compilación, presentación y notas de PEDRO GRASES (Edición conmemorativa de la erección de la estatua de Andrés Bello en Madrid, abril de 1972), Caracas, Impreso en Cromotip, 1972, 355 págs.

Le rezuman connotaciones importantes a este volumen. Tanto, que no puedo evitar tal cual repetición de los datos editoriales. Le han erigido al venezolano, y caraqueño, Andrés Bello una estatua en Madrid.

Ello suscita una decisión presidencial, de la patria de Bello, justamente, para que se reúnan y publiquen los estudios de escritores españoles sobre Bello. El ciudadano Rafael Caldera, Presidente de Venezuela, ha sido por algo más de dos decenios Director de la Comisión Editora de las Obras Completas de Bello. El ciudadano Presidente es, pues, un espíritu cercano a las íntimas convicciones de Andrés Bello; un cultivador del espíritu civilizado para América. Y el encargado de componer el volumen, don Pedro Grases, de origen peninsular, es un venezolano de alma y corazón, de larga vinculación a la tierra de Bello, ligado al bellismo por decenios editándolo, comentándolo, interpretándolo, viviéndolo.

Al repasar el tomo, impresionan los nombres del despliegue: la Real Academia Española, Bretón de los Herreros, Manuel Rivadeneyra, Amado Alonso, Samuel Gili Gaya, Vicente García de Diego, José Gaos, Carlos Clavería, Cánovas del Castillo, Manuel Cañete, Américo Castro, Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal ... Un concurso de nombres altísimos. Se reúnen convocados por un mismo deber y una misma devoción: enriquecer las formas de conocimiento en el mundo de habla española y refinar la aptitud de la lengua para la expresión de ese conocimiento hasta en sus complejidades más insospechadas. Porque para los efectos de la lengua y la cultura, Andrés Bello es español y son americanos Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal. Por eso la estatua en Madrid para Andrés Bello, por eso los homenajes de los españoles, y por eso la presencia de este tomo.

Poco — si algo — se habrá escapado al conocimiento de don Pedro Grases al preparar los materiales de este libro. Los españoles aparecen en él generosamente sabios al tratar diversas facetas de la obra y la tarea de Bello: como poeta original y como traductor, como gramático y filólogo, como legislador y maestro del derecho, como crítico literario, como filósofo, como medievalista. Yo me detendré a reseñar esto último porque es lo que menos ha merecido, de toda la obra de Bello, la atención y el estudio de sus conterráneos americanos. Por el contrario, son los estudios medievalistas de Bello los que más entusiasmo y mejores acentos reciben de los juicios de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal.

Los trabajos de mayor aliento, entre los de Bello medievalista, aún esperan turno para salir a la luz en la estupenda edición de las *Obras* que viene adelantando la Comisión Editora desde hace dos décadas largas. Algunos han aparecido ya en el Tomo I de *Estudios filológicos*, otros en el de *Poesías* (como el fragmento de los *Nibelungos*), algunas notas tangenciales en el de *Temas de crítica literaria*, pero lo de mayor fuste, lo del *Poema del Cid* y los trabajos de épica francesa tardan. Los esperamos con curiosidad semejante a la que evidencia don Marcelino en carta del 25 de junio de 1883 a Miguel Luis Amunátegui urgiéndolo para que le mande el tomo de los *Opúsculos críticos*,

en donde espera ver a Bello en ejercicio de talentos enteramente desconocidos del sabio crítico que él mismo era: pág. 122 (del tomo que reseño, y al cual se referirá toda paginación que se dé entre paréntesis de aquí en adelante). Casi tres años después, el 26 de febrero de 1886, habiendo recibido el dicho tomo, le comenta a su corresponsal chileno: "El de *Opúsculos literarios críticos* ha acabado de confirmarme en la idea de que Andrés Bello se adelantó en muchos años a una porción de ideas (sobre el origen de la rima, sobre la epopeya caballeresca, etc. etc.) que hoy pasan por muy avanzadas entre los más doctos cultivadores de la filología neolatina y de la historia literaria de los tiempos medios" (pág. 127). Más tarde ampliará estas declaraciones (pág. 148) en las páginas que dedica a Bello en la *Antología de poetas hispano-americanos* (tomo II, págs. cxxix-cxxxii): a) Bello ha demostrado — desde 1827 — que el uso de la asonancia, en hemistiquios consecutivos o entre esticos organizados en alguna forma estrófica, viene desde los llamados cantos rítmicos populares y lo ha comprobado en el ritmo de San Columbano, que es del siglo iv; luego lo ha seguido y hallado en los más antiguos cantares de gesta franceses, y b) Bello "determinó antes que Gaston Paris y Dozy, la época, el punto de composición, el oculto intento y aun el autor probable de la *Crónica de Turpín*". En seguida hace don Marcelino otras observaciones acerca de los trabajos de Bello sobre el Poema del Cid, pero lo dejo aquí para reseñarlo con lo que escribe Menéndez Pidal, con quien don Marcelino coincide, básicamente. Y volviendo a las dos afirmaciones enunciadas, la que se refiere a la rima asonante no se discute ya en lo que hace a los antiguos poemas franceses: hay consenso en ello, aunque se le desconozca a Bello su derecho de primogenitura. Tocante a la antigüedad de la rima, hace falta más investigación. Quizás pueda decirse que la investigación debería, y no ha sido así, orientarse en el sentido en que la encaminó Bello: distinguiendo las rimas casuales o por descuido, descartando los procedimientos retóricos de homoioteleuton, y concediendo especial atención a los cantos (populares o no) en que los procedimientos rítmicos acusan tendencia a la sistematización por tiradas o en estrofas. Habrá que esperar, pues, a conclusiones más consolidadas. Mientras tanto debe valer el punto de vista de Bello como hipótesis bien fundamentada. En lo que reza con la crónica de Turpín, lamentablemente no conocer todavía el trabajo de Bello. Dudo, sin embargo, que sus conclusiones sean tan decisivas como lo insinúa don Marcelino Menéndez y Pelayo en el pasaje de referencia (pág. 148).

Don Ramón Menéndez Pidal en el trabajo suyo que contiene este volumen recoge, condensándolas, ideas y notas que se hallan por muchos lugares de su vasta obra cívica: 1) Bello había iniciado sus trabajos sobre el Poema del Cid en Londres, hacia 1823. No los llegó a ver en forma de darlos a las prensas porque le faltaban, en Santiago,

los más imprescindibles medios bibliográficos. Pero "es de admirar la magistral soltura con que el autor, disponiendo de muy escasos recursos eruditos, discurre y se guía por entre múltiples cuestiones que con certera oportunidad suscita y esclarece. Es impresionante el ver, los que leemos un siglo después, cuánto nos enseñan aún aquellos comentarios, basados en la aguda penetración de unos pocos documentos diplomáticos y cronísticos" (pág. 253); 2) Bello sienta "que la epopeya medieval no nació influida por recuerdos de la épica clásica; y con esto se adelanta a tomar posición frente a ciertas teorías, como presintiendo-dolas, que sólo se habrían de formar un siglo después" (pág. 253), pasaje en el cual don Ramón opone, anticipadamente, Bello a Curtius; 3) Bello cree "que la epopeya muy probablemente procede de los cantos nacionales con que los germanos celebraban las acciones de sus antepasados, cantos de que es una muestra el fragmento alemán del Hildebrando, perteneciente al siglo VIII" (págs. 253-254), en lo cual don Ramón opone con amplia antelación y por medio de Bello las teorías individualistas de Joseph Bédier y sus seguidores; 4) Bello, por lo tocante a España y su romancero viejo, cree que tales cantos son "fragmentos de gestas antiguas" (pág. 254), tesis en que don Ramón está en pleno acuerdo con Bello frente a quienes han aplicado al romancero la teoría de las cantilenas. Menéndez Pidal ha sido ejemplar en acreditar a Bello lo que le corresponde. Por ejemplo, al referirse a la recensión de Bello a la *Historia de la literatura española*, de G. Ticknor, hace notar don Ramón con cuánta certería ha sostenido Bello, frente al erudito norteamericano, que la conocida frase del Poema de Almería, *Rodericus Mio Cid semper vocatus de quo cantatur...*, en vez de probar la existencia de romances, como quiere Ticknor, prueba o por lo menos alude al Poema del Cid porque éste sí usa el epíteto *Mio Cid* y los romances conocidos no.

Menéndez Pelayo afirma tajante: "El nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los de Fernando Wolf y Milá y Fontanals, uno de los tres nombres clásicos en esta materia [cidiana]" (pág. 149). Pues todavía hoy, 1972, aquello permanece como un buen deseo. Y entre los eruditos hispanoamericanos, ni aun como eso.

Hay, pues, razón para urgir a la Comisión Editora de las Obras de Bello, para rogarle, si se prefiere, que nos obsequie con el tomo de estudios cidianos. Contendrá, seguramente, cosas que no están en el antiguo tomo II de las *Obras* publicado en Chile en 1881; por ejemplo, documentos como la carta de Bello a don Manuel Bretón de los Herreros (inclusa en *España honra a don Andrés Bello*, págs. 12-16), en la cual da detalles de su trabajo de reconstrucción del Poema con base en segmentos cronísticos y consigna datos del mayor interés para la lexicografía del famoso cantar. Eso, sin que quede en olvido todo lo que falta de las notas y estudios de medievalismo en general. Mien-

tras tanto, *agimus vobis gratias*, ciudadano Presidente y ciudadano compilador.

ARISTÓBULO PARDO V.

Ohio State University.

MARÍA EUGENIA MARCH, *Forma e idea de los 'Esperpentos' de Valle-Inclán*, (Estudios de Hispanófila, 10), Department of Romance Languages, University of North Carolina, 1969, 173 págs.

Ante todo presentamos a continuación el contenido general de este libro: I. *Evolución de la obra de Valle-Inclán*, págs. 15-30; II. *Visión de la realidad y teoría del Esperpento*, págs. 31-71; III. *Luces de bohemia*, págs. 73-123; IV. *Los cuernos de don Friolera*, págs. 125-146; V. *Las galas del difunto*, págs. 147-159; VI. *La hija del capitán*, págs. 161-167; *Conclusión*, págs. 169-170; *Bibliografía particular del Esperpento*, págs. 171-173.

La intención de la obra se manifiesta en la conclusión en la que expresa doña María Eugenia: "En este estudio hemos querido mostrar que los *Esperpentos* son una forma de expresionismo literario, relacionados ideológica y estéticamente con otras formas artísticas de la primera postguerra europea" (pág. 169).

En efecto, la autora comienza su estudio haciendo una exposición acerca de la evolución de la obra literaria de Valle; a continuación da unas nociones de lo que es el esperpento, sus características, las influencias que tuvo de la tradición pictórica y literaria de lo grotesco, del humor y la sátira de los prosistas del Siglo de Oro, del teatro costumbrista, y del teatro de títeres. Finalmente, estudia, desde el punto de vista estructural-estilístico, cuatro de los esperpentos más importantes de Valle-Inclán, que son: *Luces de bohemia*, *Los cuernos de don Friolera*, *Las galas del difunto* y *La hija del capitán*.

La autora sostiene que la España presentada por Valle en sus esperpentos es "una España enferma e incurable" (págs. 169).

Una de las ideas más importantes de esta obra es la de considerar a Valle-Inclán como precursor del teatro del Absurdo, en donde se manifiesta claramente la situación de incomunicación en que vive el hombre de hoy.

Queremos destacar asimismo la abundante bibliografía acerca del tema que ofrece esta obra.

Para mayor comprensión de este estudio aconsejamos la lectura de la monografía de Emma Speratti-Piñero, titulada, *De Sonata de otoño al esperpento (Aspectos del arte de Valle-Inclán)*.

ANGEL HUMBERTO GRIMALDO SÁNCHEZ.

Instituto Caro y Cuervo.